

Augusto Barrera  
**Acción colectiva y crisis política. El movimiento indígena ecuatoriano en la década de los noventa**  
 Ciudad, Abya-Yala, Osal, Quito, 2001

A partir de lo que ha sido la lucha del movimiento indígena, el libro de Augusto Barrera ofrece una visión del Ecuador en la década de los noventa. Se trata de un esfuerzo de interpretación de doble vía: por un lado, intenta mostrar cómo el movimiento indígena ha marcado los ritmos del cambio y la vida política de la sociedad ecuatoriana en los últimos diez años y, por otro lado, busca entender los contextos y posibilidades -el libro dirá las oportunidades- en las cuales desplegó su acción. El gran desafío del estudio es justamente entender el complejo entramado de relaciones, el hacerse y constituirse mutuamente, entre la acción colectiva de los indígenas y la sociedad ecuatoriana en la última década.

El libro describe una sociedad en movimiento, en conflicto, inmersa en un intenso proceso de redefinición de sus propios presupuestos como consecuencia justamente de la acción desplegada por los indígenas. Los noventa apare-

cen en toda su singularidad histórica: un período en el cual la interacción política, simbólica y social entre los grupos blanco-mestizos y los indígenas sufre un cambio abismal, casi telúrico diríamos, en sus relaciones históricas de fuerza. La importancia del proceso se explica porque las impugnaciones surgen desde aquellas poblaciones condenadas a existir históricamente en los márgenes de la nación, aún cuando su presencia haya sido siempre central en la construcción de la identidad de los ecuatorianos. Las poblaciones indígenas emergieron en la escena nacional para romper la paradoja política de su existencia social y cultural. La paradoja puede ser planteada así: el reconocimiento que los grupos blanco-mestizos hicieron de los indios como sujetos diferentes, indescifrables, incivilizados, primitivos, arcaicos, significó su confinamiento en los márgenes del Estado y la comunidad. Es desde esa posición periférica a la nación y al Estado, pero central a la vez, de donde emerge la acción colectiva de los indígenas para trastocar los cimientos históricos de la sociedad ecuatoriana.

La mirada de conjunto que el libro lanza sobre los años noventa constituye, simultáneamente, un esfuerzo analítico por descifrar las particularidades de la lucha política indígena. Desde esta perspectiva, el libro forma parte del esfuerzo desplegado por las ciencias sociales ecuatorianas para entender cómo apareció el movimiento indígena, qué dinámicas de cambio introdujo en la sociedad y cuáles han sido hasta ahora las características fundamentales de su modo de hacer política. La ventaja del libro es la mirada de conjunto que ofrece de una década entera de luchas. Eso le permite entender los distintos momentos de constitución del propio movimiento, su capacidad de respuesta a los escenarios que se le iban presentando y, lo que es más importante, su propia dinámica de innovación e incorporación de nuevas estrategias de lucha y conflicto. Sin este esfuerzo analítico de conjunto, como sugiere la lectura del libro, difícilmente se puede tener una comprensión del significado que ha tenido la activa presencia de los indígenas a lo largo de la década.

Algunas de las preguntas que orientan la re-

---

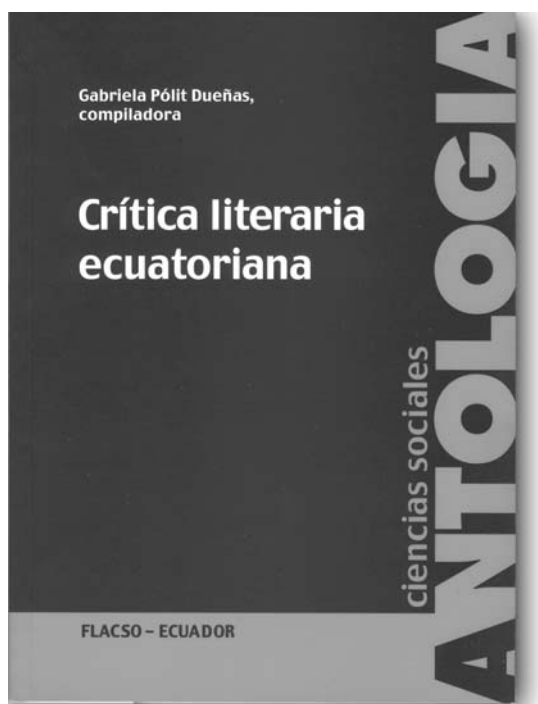
flexión de Barrera ilustran las líneas de análisis: ¿qué cambios ocurrieron en la sociedad, en la cultura y en la política para que se haya constituido el movimiento indígena?, ¿qué significado histórico tiene su aparición?, ¿cuáles han sido las claves de su estrategia de lucha?, ¿cómo se articulan sus estrategias de resistencia a la dominación -su lógica emancipatoria- con sus esfuerzos de incorporación a los espacios institucionales del sistema político y el Estado?, ¿cómo se conjuga su lucha por una redistribución de los recursos con su lucha por el reconocimiento a su diferencia cultural y étnica?, ¿cómo se relaciona el movimiento con la democracia, con “lo popular”, con el poder local y nacional? Desde estas preguntas, el libro ofrece nuevas entradas para entender, finalmente, qué está en juego en este conflicto -lo que el movimiento indígena disputa a la sociedad blanco- mestiza- y las formas -el cómo- de esa disputa. El libro muestra claramente por qué el movimiento indígena no puede ser visto como un actor social más, sino como el portador -si cabe la expresión- de un conflicto constitutivo de la sociedad nacional. Al remover los cimientos históricos de la identidad cultural dominante del Ecuador, el movimiento indígena trastocó la sociedad y la política.

En realidad, las preguntas abundan en el libro. Y abundan porque pretende ser exhaustivo, porque no quiere dejar cabos sueltos. Pero allí radica, quizá, también su debilidad. El esfuerzo de exhaustividad lleva a Barrera a plantearse muchos frentes de análisis no siempre tratados con la profundidad que se esperaría, en especial cuando aborda temas cruciales del conflicto (como el de la identidad, la nación, la multiculturalidad). El esfuerzo analítico aparece por momentos perdido en la descripción histórica de lo ocurrido en la década, pero también en la complejidad del andamiaje teórico construido para entender al movimiento indígena. De un lado está el intento por combinar dos enfoques teóricos de estudio de los movimientos sociales, el de la movilización de recursos y el de la identidad y, de otro, el empeño por relacionar -esta es la clave en su construcción analítica- acción colectiva y crisis política. La complejidad del esfuerzo teórico habría que entenderla como un inten-

to por explicar las características del propio movimiento -inédito en tantas de sus facetas- y su inserción de lucha en la escena política ecuatoriana. Por sí misma, ninguna teoría de los movimientos sociales podría explicar la dinámica de la acción colectiva de los indígenas (esa constante e ingeniosa articulación de estrategias de redistribución y reconocimiento identitario, por ejemplo).

Al mismo tiempo, el movimiento emerge a la escena en un contexto político marcado por las dificultades y tensiones de la construcción de un sistema democrático. El estudio tiene que abordar la compleja trama de relaciones que se establecen entre el movimiento indígena, las instituciones políticas y la misma democracia. Fuera de ese contexto -algunos dirán de transición democrática- son impensables los impactos del movimiento en el proceso ecuatoriano, incluso es impensable el mismo movimiento. Parte de su identidad política como actor está dada en la relación conflictiva que despliega sobre el sistema político y sobre la democracia. Como muestra el libro, se trata de un tema clave de análisis puesto que una de las dinámicas del movimiento le lleva siempre a tender puentes hacia el sistema institucional de la política, tanto desde Pachacutik -que entra en la escena electoral para copar espacios de poder parlamentarios y locales- como desde el mismo movimiento -a través de la creciente “corporativización” de las respuestas estatales a las demandas de los pueblos indios. A la vez, hay que entender la estructura interna del movimiento, sus recursos organizativos y su despliegue amplio sobre la sociedad, la cultura y las identidades. Barrera quiere mostrar cómo la acción del movimiento se articula y a la vez se expresa en una pluralidad de campos, de allí la complejidad de un enfoque teórico que intente explicarlo exhaustivamente. El libro ofrece análisis rigurosos, sistemáticos y consistentes para entender todos los espacios que articula la acción colectiva del movimiento indígena, pero no estoy seguro de que logre el mismo éxito a la hora de comprender los impactos del movimiento en los campos que lo constituyen.

*Felipe Burbano*



Gabriela Pólit, compiladora,  
**Antología de Crítica Literaria**,  
Flacso-Ecuador, Quito, 2001.

### **Crítica literaria y estudios culturales. A propósito de una antología**

Para comenzar debo aclarar que no soy un especialista en estudios literarios, de modo que mi comentario es el resultado de una lectura desde otros campos de las ciencias sociales, específicamente, desde la historia y la antropología.

Eso tiene sus desventajas, pero también sus ventajas. Me permite evaluar desde fuera de la “república de las letras”, al margen de sus debates, sus disputas y ceremonias. Evaluar desde fuera. ¿Es que la crítica literaria requiere de una evaluación desde fuera? La antología misma apunta a un análisis interno, sin embargo, llama la atención que haya sido elaborada para un centro de ciencias sociales y forme parte, junto a otras antologías, de una biblioteca de ciencias sociales.

El hecho no deja de ser paradójico ya que al interior de las ciencias sociales ecuatorianas se ha ido imponiendo una matriz dura, si se

quiere “logofalocentrista”, en gran medida institucionalizada, que coloca en un segundo plano las humanidades o, si se quiere, a disciplinas que como la crítica literaria y artística - y buena parte de la historia y la antropología - son percibidas como humanidades, es decir, en el fondo, como actividades “femeninas”, de adorno.

Al mismo tiempo, es posible que exista un interés creciente de los estudiosos de la literatura por acercarse a las ciencias sociales, a sus instrumentos de análisis y sus marcos conceptuales, pero también a sus mecanismos de legitimación: no olvidemos que existe un debate abierto y aún no resuelto entre los especialistas, resultado de la influencia de los llamados estudios culturales, acerca de los alcances de los análisis literarios, que tiene que ver tanto con la ruptura de fronteras disciplinarias (como proponía Willams) como con requerimientos de constitución de un campo y con estrategias de poder simbólico en torno al campo.

Pero vamos por partes. En primer lugar están los puntos de vista de la propia compiladora: Gabriela Pólit asume la crítica literaria desde una perspectiva histórica, aunque después de la lectura de los textos antologados a mi no me queda claro si lo que marca las periodizaciones en literatura son los contextos políticos y sociales, los procesos internos al propio quehacer literario o una combinación de lo uno y lo otro. En todo caso, Pólit se muestra más preocupada por una genealogía que por una reconstrucción historicista o por una teleología. De ahí que le interesen las rupturas y los momentos de ruptura o, si se quiere, los acontecimientos (en el sentido nietzschiano) antes que los orígenes.

Existe un criterio que marca el desarrollo del texto introductorio y es el de que nuestras culturas se constituyeron históricamente como culturas del exilio. Su momento inaugural coincide con la expulsión de los moros y los judíos de Castilla, con los procesos de conquista y colonización de América y con la expulsión de los pueblos indígenas de sus territorios. Podríamos sumar a esto las grandes

---

extirpaciones culturales de la colonia y la república así como el proceso más reciente de constitución de ciudadanía excluyentes. Por otra parte, los grandes cambios culturales contemporáneos estarían marcados por las nuevas formas del exilio: por un lado, por el de las poblaciones migrantes, de las cuales habría que esperar la literatura ecuatoriana del futuro, al igual que en el caso de los chicanos, pero, por otro lado, por un proceso a veces imperceptible de mundanización y desprovincialización de las mentes.

Las propias posibilidades de la literatura y de la crítica literaria suponen que el escritor o el crítico se exilien de la ciudad letrada, que asuman los otros barrios de la ciudad letrada de los que habla Rolena Adorno o, si se quiere, los otros mundos posibles. Para Said (citado por la compiladora) el exilio no es un simple destierro, sino una des-territorialización que posibilita mirar desde el lugar de origen con una cierta distancia.

Cuando se habla de ruptura, en términos de crítica literaria, no se debería perder de vista la necesidad que tienen los críticos de inscribirse dentro de espacios académicos y de reflexión lo más amplios posibles. Pero, por otro lado, hay que cuidarse de lo que Bourdieu denomina como “colonización mental”, mecanismo por el cual, nos recuerda la compiladora, se da una suerte de remodelación del mundo a imagen y semejanza de los centros de poder (en este caso académicos).

El problema, entonces, no consiste en seguir las modas (ni siquiera las que se definen como políticamente correctas) sino en estar dispuestos a asumir los aportes teóricos y metodológicos producidos en otras partes (y no sólo en el primer mundo) pero para utilizarlos de modo creativo en la comprensión de lo nuestro, como herramientas antes que como modelos.

Otro aspecto que creo encontrar en la antología es el de la crítica literaria concebida como campo de fuerzas: el papel de la crítica en la constitución del canon, en la legitimación/deslegitimación de lo literario y la necesidad, destacada por Pólit, de asumir la críti-

ca de modo responsable y comprometido. Esto apunta a lo que se podría llamar el lado oculto del quehacer crítico, a su política, o mejor, a su economía política, al conjunto de intereses que están más allá de un tipo de quehacer que se presenta como desinteresado y se quiere neutro. Así, valdría la pena estudiar cuáles eran los mecanismos de legitimación coloniales y del siglo XIX y en qué se diferencian de los contemporáneos; habría que analizar el papel de las academias, de las sociedades literarias como la Jurídico Literaria o la Casa de la Cultura en tiempos de Benjamín Carrión. Asimismo, se debería trabajar la relación entre literatura, prácticas literarias y docencia y se tendría que relacionar las prácticas literarias con las prácticas más cotidianas, con los valores, criterios e intereses en disputa.

Al respecto, Robles introduce una interesante observación acerca de la forma como autores fundamentales de nuestra literatura (Humberto Salvador y Pablo Palacio) fueron descalificados en los años treinta desde un canon que se medía fundamentalmente en términos políticos. Harrison, por su parte, reconstruye la polémica que mantienen Mera y Cordero, dos conocedores del quichua, sobre esa lengua. Mientras el primero defiende sus posibilidades literarias, el segundo la percibe como una lengua en proceso de agonía. Pero lo más interesante es la coincidencia de este debate, que se desarrolla en términos literarios, y que tiene que ver con el proceso de constitución de una cultura nacional blanco-mestiza, con la cruzada civilizatoria que da paso a la primera modernidad. A mi entender lo que más preocupa no es tanto el quichua como la contaminación del castellano por el quichua. El problema que se plantea desde la “república de las letras” es parecido a lo que se plantearon los higienistas: cómo garantizar una modernidad y al mismo tiempo una limpieza étnica.

De otro lado, sobre todo en el contexto de nuestro país, no debería perderse de vista que los canales de legitimación no son necesariamente canales legítimos propios de un campo

constituido, como sostiene Bourdieu para el caso de Francia, sino que más bien son sistemas clientelares (la prensa, el prestigio y, en buena parte, los valores aristocráticos).

Me parece que los textos de esta antología pueden ser interesantes no sólo para las personas preocupadas por la literatura sino para los historiadores, antropólogos y para otros estudiosos de la cultura. Y esto porque, en primer lugar, la literatura permite vislumbrar procesos que no se manifiestan en otro tipo de documentos. Los textos literarios constituyen una fuente importante para el conocimiento histórico; contribuyen a entender las estructuras emotivas propias de una época así como su entramado simbólico y sus imaginarios, independientemente de que esos textos formen parte de una literatura colonial, nacional o imperial, como ha mostrado Said en *Orientalismos*. Los textos literarios expresan del modo más sensible la cotidianidad y el sentido común de una época. Al mismo tiempo no puede dejar de vérselos como lo que son, como textos literarios.

Para quienes estamos interesados en una genealogía de la moral resulta interesante entender la estrecha relación que existía en la colonia y el siglo XIX, entre la producción y lectura de poesía y la generación de mecanismos de socialización a la vez que de distinción al interior de la sociedad blanco mestiza. Por un lado, asistimos a la existencia de un público interesado en la poesía, iniciado en las artes de la declamación y de la versificación. Por otro lado, cabe diferenciar distintos tipos de poesía, la que se orientaba a la prédica moral, la de orientación mundana y, finalmente, en una época más cercana, la que contribuía a la formación de la subjetividad y el sujeto moderno. Las mujeres, en particular, se preocupaban de copiar poemas y leerlos en grupos de amigas o en secreto. Eso les permitía crear un mundo imaginario, distinto al del espacio cerrado, doméstico (aspecto estudiado por Goetschel).

De acuerdo a lo que se desprende de la lectura de los textos sobre la colonia, incorporados a esta antología, el campo de lo escritural

no se limitaba a los textos escritos, ya que incluía la oratoria y toda la gestualidad y el ceremonial que acompañaba a la oratoria. Rodríguez Castelo cuenta que los oradores sagrados de mayor prestigio eran escuchados en las plazas ya que el público que acudía a sus sermones no cabía en las iglesias. A más de que lo que decían era comentado varias semanas después de la prédica, alimentando (me atrevo a decir) una suerte de publicidad al interior de la República de Españoles, habría que añadir una serie de prácticas personalizadas que requerían de talento literario, aunque no se expresasen en textos, como las prácticas de persuasión, el adoctrinamiento, la confesión y el trabajo de imaginaria, concebido como una extensión o un complemento del habla. Todo un conjunto de prácticas culturales que sin ser reconocidas como estrictamente literarias ocupaban una economía de esfuerzos similar, cuando no superior, a la producción de textos.

Balseca, por su parte, muestra la relación existente entre la literatura y los campos de significados propios de una época o, si se quiere, con el sentido práctico. Tanto el liberalismo como el conservadurismo, por ejemplo, tienen en común no sólo una preocupación por el progreso y por la invisibilización de los indios, sino por el control moral de las mujeres. Algo que ya ha sido estudiado por las historiadoras y los historiadores sobre la base de documentos históricos, pero que ahora se trata de analizar a partir de la relación entre el escritor y los textos literarios.

Todo esto nos hace ver la estrecha relación existente entre los estudios literarios y una suerte de sociología o historia de la cultura. Esta debe dar cuenta, por ejemplo, de las condiciones sociales de producción, circulación y consumo de literatura, de las relaciones entre literatura y poder, o del lugar que ocupa la literatura dentro del conjunto de prácticas sociales y culturales, es decir, del lugar de la literatura en la formación de imaginarios o en la constitución de un habitus.

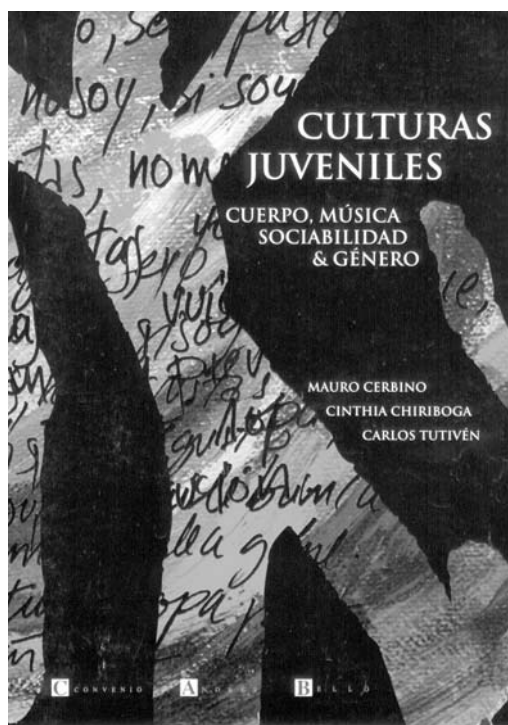
Pero en donde me siento confundido, o más bien siento que hay una confusión o un

debate, es al momento de analizar la literatura como texto. El estudio de Carvajal intenta entender no tanto la modernidad como la modernidad en literatura, o más específicamente, en poesía, y plantea al respecto un problema fundamental. Entender el carácter de nuestra modernidad, su estrecha dependencia de valores aristocráticos y de los mecanismos de reproducción de la desigualdad y la diferencia es fundamental para comprender lo que sucede en poesía, pero no es suficiente. El análisis de textos supone desarrollar un campo conceptual y una estrategia de análisis específica.

Yo entiendo la preocupación de los estudios culturales por mostrar que entre lo culto y lo no culto, entre la cultura de masas y lo ilustrado, ya no existen fronteras claras. Como han demostrado diversos autores, entre los cuales ocupan un lugar destacado García Canclini y Jesús Martín Barbero, actualmente asistimos a una circulación fluida de recursos y elementos culturales venidos de todas partes, que hace que pierda sentido defender espacios cerrados (esto es particularmente claro en el caso del arte contemporáneo), pero tengo mis dudas de que un aserto como éste pueda llevarnos a equiparar el lenguaje de la televisión con el de la literatura, y menos aún el lenguaje de los graffiti con los de la poesía, aunque muchos graffiti tengan mucho de poesía y viceversa.

Hanna Arent decía que pensar implica aislarse del mundo, exiliarse del mundo. Me pregunto si eso no es también aplicable para la poesía y para la literatura. Escribir un texto literario o un texto filosófico supone no sólo un cierto distanciamiento, sino un trabajo específico con las palabras y las imágenes, con los conceptos. E igual sucede con la lectura y más aún con la lectura crítica. Sospecho que hay un nivel de complejidad y especificidad que no puede resolverse a partir de un reduccionismo sociológico.

*Eduardo Kingman*



Mauro Cerbino, Cinthia Chiriboga,  
Carlos Tutivén

**Culturas Juveniles. Cuerpo, música,  
sociabilidad y género**

Convenio Andrés Bello/Abya-Yala,  
Quito, 2000.

*Culturas juveniles* plantea una nueva manera de leer las prácticas y los lenguajes de los jóvenes, los mismos que en la actualidad se nos presentan como formas enigmáticas de una realidad poco aprehensible por el sentido común. Mauro Cerbino, Cinthia Chiriboga y Carlos Tutivén nos ubican ante una perspectiva de análisis en la que la complejidad ocupa un lugar central. Esta nueva mirada sobre lo juvenil implica, en primer lugar, ir más allá de los “datos”, superar las manifestaciones visibles o cuantitativamente medibles sobre los jóvenes, y reconocer que el conocimiento alcanzado hasta la actualidad ha sido más un efecto de las interpretaciones de las comunidades de investigadores que un reflejo de las realidades juveniles.

Los autores invitan a ubicar el saber sobre los jóvenes en el marco de nuevos paradigmas

que reconocen el tema a estudiar como un campo complejo, en el que las nuevas subjetividades juveniles se sitúan en el contexto de las crisis socioculturales, forjadas por la globalización, las nuevas éticas del consumo y otras estéticas constituidas por los medios audiovisuales y las tecnologías de la comunicación.

Una de las lecciones más importantes del trabajo es que el joven no puede estudiarse fuera del marco de las crisis y de la complejidad de los contextos locales y mundiales. La propuesta de abordar las culturas juveniles desde la complejidad implica una ruptura con las categorías empleadas tradicionalmente en su estudio así como la necesidad de asumir la incertidumbre como una condición para construir nuevos enfoques y retos en el desarrollo del conocimiento sobre los jóvenes.

Desde una perspectiva epistemológica, Mauro Cerbino introduce la necesidad de incluir la interdisciplinariedad con el objetivo de que rompa con los esquemas unilineales de interpretación de los objetos. Así, semiótica, sociología de la cultura, antropología y psicoanálisis, ofrecen dimensiones diversas para leer las expresiones de los jóvenes y sus complejas formas de manifestación. Conceptos comunes serán el lenguaje, la identidad, los campos simbólicos y de sentidos como constitutivos de la subjetividad.

Una primera y central forma de abordaje, que resulta no solamente una búsqueda metodológica, sino a la vez ética y política, es que la investigación se ofrece como un marco para la observación, la escucha y la reflexión interna de los propios jóvenes acerca de sí mismos y, en seguida, como una estrategia de visibilización, legitimación y participación de los mismos, más allá de los escenarios marginalizantes de la calle.

Promover la ciudadanía cultural a través de las múltiples voces de los jóvenes y de la diversidad de su ser social, es uno de los objetivos del trabajo emprendido. El mismo se presenta como un proceso al explicitar su intención de dar inicio a una manera de investigar y no de ofrecer un debate acabado.

Partiendo del enfoque semiótico, Cerbino aborda el concepto de semiosfera para explicar el campo de significaciones y sentidos dentro del cual se delimitan los lenguajes y se conforman las identidades. Las mismas no son entidades esenciales, preexistentes, sino campos de significación constituidos a partir del intercambio con los otros. La semiosfera es un espacio dentro de una frontera que hace de filtro entre lo interno y lo externo, entre el sujeto y los otros.

El libro recorre categorías conceptuales que son parte de las interrogaciones que suscita el universo sobre lo juvenil: ¿qué lugar tiene el cuerpo en las expresiones juveniles?, ¿por qué asistimos a formas de socialidad tan diversas y muchas veces enigmáticas entre los jóvenes?, ¿qué significan las prácticas de consumo para las jóvenes?, ¿de qué manera ser hombre o ser mujer influye en las preferencias culturales?, ¿son los jóvenes agentes de innovación o portadores de tradición? Estas y otras preguntas se desarrollan implícita o explícitamente en el texto a través de una serie de artículos que abordan temáticas específicas como el baile, la música, la socialidad, el género y las culturas juveniles.

Una vertiente interesante es la que aborda Tutivén al explicar la función de las agrupaciones juveniles como expresiones de socialidad de los jóvenes, en un contexto de desencanto y de crisis de los vínculos y valores sociales que emergen como efecto de la globalización, la pérdida de centralidad del Estado, la emergencia de nuevas formas de regulación de las relaciones sociales a través del mercado y los medios audiovisuales y la pérdida del rol planificador del Estado -que conlleva la privatización del mundo de la vida y el traspaso de la función de cohesión a la sociedad-.

A este pacto social racional -dice Tutivén- le sigue la comunidad emocional, representada por las llamadas nuevas tribus urbanas, ligadas entre sí por la puesta en común de los afectos y la sensibilidad. Los jóvenes en la sociedad contemporánea responden a la gramática de la vida (Habermas), donde lo que cuenta no es la racionalidad sino la expresivi-

---

dad, las representaciones simbólicas y los valores.

La saturación de las abstracciones, de valores impuestos desde arriba, implica que formas de vinculación no religiosas, pero movidas por la afectividad y el “divino social”, no lleguen a toda una nación, pero tengan éxito a escala local en los agrupamientos particulares. Es en los sectores populares y juveniles donde persiste esta comunidad emotiva y vital.

Las naciones, las bandas de rock, las barras de fútbol, resultan encarnaciones de esta forma de socialidad, proxémica y ritual: “el fútbol es lo que nos une (...) puedes gritar de todo lo que quieres gritar, no sientes cohibición de nada, sientes ese valor de expresar lo que tú sientes”, cita el autor a partir de un fragmento etnográfico.

Pero esta no es una característica de todas las formas de asociación juvenil: entre la clase media y alta prevalecen las lógicas del consumo, la búsqueda del éxito y la valoración del tener. La valoración monetaria y el consumo son los grandes mediadores de las relaciones sociales entre los jóvenes de sectores medios y altos; ello explicaría la carencia de ideologías y de ideales transformadores en los jóvenes.

Otra línea analítica del texto es la que introduce Cinthia Chiriboga acerca de la necesidad de abordar el estudio de las culturas juveniles desde la perspectiva de las diferencias de género, a partir de una crítica de las formas tradicionales de estudiar las manifestaciones juveniles. A lo largo de varias décadas, las

mismas se han restringido a las formas más espectaculares y visibles de dichas expresiones, excluyendo los ámbitos de la vida cotidiana y las “culturas de dormitorio”, que son más pertinentes de las experiencias de las jóvenes mujeres. La autora se pregunta cuál es el lugar de las experiencias de las jóvenes en las culturas juveniles, si son o no generadoras de culturas, o si éstas solo son un privilegio de las expresiones juveniles que se ubican por fuera del hogar.

Chiriboga subraya la proposición de Apadurai de resistirse a pensar los grupos sociales como culturas y a evitar ver los agrupamientos sociales como ubicados alrededor de una dimensión cualquiera (de género, edad, estilos de vida), como si se tratara de culturas con contornos definidos.

Por último, el texto plantea una agenda de investigación sociocultural de la violencia juvenil urbana, el papel del consumo televisivo en la conformación de las identidades culturales, masculinidad y feminidad con relación a lo juvenil, los jóvenes y las nuevas tecnologías, las relaciones intergeneracionales y la función paterna, el lenguaje y los déficits simbólicos de los jóvenes, y el papel de la religiosidad y la búsqueda de la trascendencia.

El trabajo es un aporte significativo para entender a los jóvenes en su potencialidad, pero también como expresión de los malestares propios de la cultura contemporánea.

*Marcia Maluf*